

_HACER POLÍTICA

Este tiempo de tristeza cívica y de deserción ciudadana es un buen momento para recordarnos que en el país hay miles de hombres y de mujeres que decidieron dar un paso al frente para expresar públicamente que tenían algo que decir, que estaban dispuestos a representarnos y a trabajar por todos nosotros. Son hombres y mujeres que ocupan puestos de alcaldes, concejales, diputados, senadores... Hombres y mujeres que tienen un sueño, una idea, un proyecto para sus ciudades y sus pueblos. Hombres y mujeres que consiguen que no se imponga siempre la lógica del más fuerte. Hombres y mujeres comprometidos con sus conciudadanos, que trabajan cada día para ser merecedores de la confianza que estos les han otorgado en las urnas. Hombres y mujeres que han decidido hacer de la política el medio para mejorar la vida de sus vecinos, para construir un país en el que quienes peor están estén lo mejor posible; hombres y mujeres que trabajan para defender los derechos de todos, para asegurar la igualdad, para que la vida pública no sea simplemente el territorio en el que algunos hacen sus negocios particulares. La inmensa mayoría de quienes hacen política han elegido trabajar para los demás por un compromiso con unas ideas, con una manera de entender la sociedad, el patrimonio, la convivencia, etc.

En estos días en los que hay tanto ruido mediático sobre las actuaciones de algunos alcaldes, concejales y funcionarios públicos es conveniente decir que la democracia es el mejor sistema de gobierno que conocemos y que los casos de corrupción, de perversión o de malversación son muy pocos. Y que, cuando esos casos se producen, el sistema funciona y esos corruptos o malversadores son llevados a los tribunales. Los delincuentes no son quienes establecen la norma. Ante un caso de corrupción siempre se oyen voces que afirman que «todos los políticos son iguales». Quizá les

interese calumniar, desprestigiar, hacer circular rumores. Afortunadamente, conocemos a muchos políticos que han abandonado sus carreras profesionales, sus intereses personales para servir al bien común. Son hombres y mujeres que tienen las manos limpias y la conciencia tranquila. Nada les sienta mejor que trabajar para los demás.

Por eso, desprestigiar por sistema a los políticos y a la política, además de injusto, es peligroso. Porque detrás de esas opiniones casi siempre se encuentran los que preferirían los procuradores en Cortes a los diputados, los alcaldes nombrados a dedo a los elegidos democráticamente, el centralismo jacobino al reconocimiento de la España plural. Siempre hemos sabido que los apolíticos son de derechas, con la honrosa excepción de los viejos anarcosindicalistas de los que apenas queda un desvaído recuerdo y algunas organizaciones que resisten en estos tiempos poco propicios para la causa libertaria. Pero excepto ellos, todos quienes no creen en la política jamás hubieran alzado la voz en la dictadura para pedir libertades y por eso no valoran la extraordinaria importancia de tener instituciones democráticas que funcionen gracias a quienes se dedican a la política. Y por la misma razón que uno o varios garbanzos negros no estropean un cocido, uno o varios políticos desvergonzados, a los que siempre el Estado de derecho acabará haciendo pagar sus corruptelas, no harán que dejemos de creer en la grandeza de la democracia. Y no hay democracia sin política ni políticos.

editorial